**Perfil del personaje de Javier.**

**Nombre:** Kryn Weyv.

**Raza:** Semi-elfo (hijo de una elfa y un humano)

**Edad:** 19 años.

**Apariencia:** Era alto en estatura, de complexión delgada y con la piel blanca, su cabello es del color de la castaña y era tan largo que le llegaba un palmo por debajo de los hombros, sus ojos marrones y su fina nariz se exhibían sobre un inmutable rostro del que empezaba a brotar una barba incipiente.

**Personalidad:** Muy callado, gran observador, cuando decide hablar siempre incómoda a sus oyentes, no le importa decir las cosas por más cruel que sean.

**Habilidad:** Arquero sigiloso, ágil en lucha de cuerpo a cuerpo, aunque no es poseedor de gran fuerza física, es muy efectivo a la hora de herir con dagas y cuchillos.

**Crónicas:**

Kryn Weyv nació en condición humilde, en un pequeño pueblo de humanos entre las montañas. El parto fue prematuro y con complicaciones, por lo que su madre, aun siendo de naturaleza élfica, perdió más sangre de la que debía y falleció instantes después de escuchar los primeros llantos de su bebé. Su padre, un hombre cercano a los cuarenta años en ese entonces, era el único herrero del lugar, por lo que trabajaba todo el día y gran parte de la noche confeccionando herraduras y piezas de agricultura para suplir la alta demanda de sus vecinos campesinos. Al ser un hombre ocupado en su oficio, era lógico que no tuviera el tiempo para velar por su hijo, al menos no por sí solo, así que pronto se hizo de otra mujer a quién tomó por esposa. Kryn no había cumplido siquiera el año de nacido cuando ya tenía una madrastra en su vida. Era una mujer mucho más joven que su padre, de rostro adornado de pecas y de figura esbelta, ya que era una joven bendecida con vultuosos senos y hermosas piernas. Pero más allá de su figura, a ella la envolvía un carácter lejano a la belleza; era una joven lista para actuar como mujer, como esposa, pero no para actuar como una madre. Su trato con Kryn era rudo, le pegaba constantemente y le gritaba a cada momento por equivocaciones tan triviales, propias de un niño de esa edad. Su desprecio yacía en el hecho de que aquel niño era mitad humano y mitad elfo, por lo que sus orejas puntiagudas siempre sacaban a relucir cierto recelo que ella tenía en contra de la anterior esposa de su marido. De allí que el pobre chico creció en un ambiente solitario, carente del amor y el afecto de una madre; a él no se le permitía salir a jugar con los demás niños y era obligado a realizar algunas tareas de la casa. Su padre era el único puente que tenía con el afecto, y aunque el tiempo que lograba pasar con él era muy limitado, para Kryn era lo más valioso que tenía. A la edad de seis años, su padre decidió enseñarle parte del oficio de herrero, teniendo la fe de que él continuase sus pasos, y de esa forma, también le quitaría parte de la responsabilidad del cuido a su esposa; era consciente de que ella no lo trataba bien, pero no podía pedirle demasiado a una mujer que aceptó cuidar un hijo que no era suyo. El niño se mostró presto al aprendizaje, no podía ponerlo a trabajar con la fragua o con objetos afilados, pero si a realizar algunas tareas más sencillas y a explicarle cómo funcionaba la mayoría de las cosas. A medida que el tiempo entre padre e hijo se volvía mayor, el afecto por parte de su padre fue creciendo, la figura de su hijo mantenía vivo el recuerdo de su primera esposa, trayendo consigo una corriente de recuerdos entre dolorosos y amenos. A los ocho años su padre le ayudó a construir un arco con sus respectivas flechas, usaron madera de fresno y grabaron en ella el nombre «*Yulet*» con la ayuda de un fierro al rojo vivo; era el nombre de su madre y posiblemente el primer recuerdo que Kryn tenía de ella.

―¡Ves! Ahora tu madre te acompañará y te protegerá en todo momento. Solo tienes que aprender a usarlo ―le decía su padre, exhortándolo a practicar su puntería.

El niño cambió poco a poco su rutina, en las mañanas ayudaba a su padre en la herrería y en las tardes tenía permiso de ir a practicar con su arco a orillas del bosque, a partir de allí su rostro empezó a exhibir cada vez más ligeras sonrisas, las cuales brotaban, muy posiblemente, por el hecho de ya no estar a la constante sombra de su madrastra; aquella madera grabada le había dado confianza en sí mismo, como si en realidad su madre estuviera allí apoyándolo. Después de un año practicando su puntería, el pequeño Kryn ya lograba atinar de forma correcta a objetos en reposo, aún a distancias considerables; antes había intentado darles a blancos en movimiento, pero decidió posponer esa práctica hasta dominar completamente su puntería fija. Ahora que ya se sentía más satisfecho, optó por intentar cazar alguna presa en el bosque. Días atrás había llegado un cazador a la herrería de su padre y pudo escuchar de él que la mejor forma de mejorar la puntería con el arco, era intentando cazar conejos, ya que eran animales rápidos y con movimientos sorpresivos que obligaban al cazador a mejorar su habilidad si en realidad quería lograr darle. Los últimos tres días se había internado en el bosque un poco más profundo de lo que solía hacerlo, pero siempre teniendo cuidado de su trayecto. Esa tarde llegó cerca del camino que llevaba hacia el pueblo, una estrecha calle fangosa, rodeada de árboles y en algunas zonas cubierta de hierba; cerca de esta, se encontraba lo que él andaba buscando, un conejo adulto, de color gris que se encontraba comiendo de las hojas de un arbusto.

Cuando logró divisar a la presa, se acercó a ella con gran sigilo hasta una distancia que él consideró óptima para su tiro, con cuidado preparó una de las tres flechas que andaba esa tarde y apuntó hacia el conejo que se estaba alimentando despreocupadamente.

―Por favor… no te muevas conejito ―susurró con su arco tensado hacia su blanco.

De pronto, las orejas del conejo reaccionaron ante un sonido y este empezó a huir a gran velocidad en medio de una sucesión de saltos desesperados. El niño se lamentó al ver como su presa había escapado, pero entonces logró percibir un sonido similar al trote de los caballos, por lo que su atención fue dirigida de inmediato hacia el camino. De pronto aparecieron frente a él, dos sujetos de apariencia misteriosa, que montaban elegantemente sobre hermosos corceles, uno negro y el otro marrón, cargando consigo lo que parecía una serie de pequeños fardos que ayudaban a sospechar que se trataba de un par de simples viajeros; no había mucha duda de ello, para Kryn eran forasteros, puesto que no recordaba haberlos visto anteriormente. Uno de ellos era un hombre grande, de anchas espaldas y gran corpulencia, su cabello era corto y de un tono rojo, más intenso que el vello de su poblada barba, sobre su rostro se exhibía una vieja cicatriz que se extendía desde su oreja izquierda hasta la base del mentón. Ante los ojos de un infante, su apariencia sin duda exponía una figura imponente, digna de temor y respeto, sin embargo, el mayor asombro que recorrió al niño, surgió en el instante que contempló al otro sujeto. No era alguien que aparentara gran fuerza física, sí era alto, pero aun así no dejaba de ser delgado, muy lejano a la contextura de su acompañante; pese a esto, lo que marcaba la gran diferencia sobre aquel insólito sujeto, era el hecho de que no se trataba de un simple humano. Era la primera vez que veía a un elfo en su vida, pero aun así tenía la certeza de que se trataba de uno de ellos; aquel largo cabello rubio sobre una piel tan blanca como el nácar y unas orejas mucho más puntiagudas que las suyas, coincidía perfectamente con las descripciones que siempre le habían hecho sobre su difunta madre. Ambos viajeros cabalgaban a trote suave, por lo que el niño no pasó desapercibido ante sus ojos.

―¡Hey, chico! ―le habló el hombre del corcel marrón, entonando una voz robusta―. ¿Eres de algún pueblo cercano?

Kryn no podía evitar sentirse asustado ante la imponente imagen de aquellos jinetes, por lo que no pudo responder de inmediato.

―¿Acaso no me oyes, o es que no tienes lengua? ―agregó el sujeto.

―¡Sí! ―respondió con una voz ahogada―. Sí soy de un poblado que está sobre la colina, siguiendo el camino en esa dirección ―Terminó apuntando con su dedo tembloroso.

El elfo notó cierto temor en el niño y una fugaz impresión se gesticuló en su rostro cuando sus ojos azules apreciaron las puntiagudas orejas del pequeño. Se acercó un poco y acto seguido se bajó de su caballo para tratar de establecer cierta confianza hacia él.

―Tenemos que emprender un largo viaje hacia el norte, ¿crees que haya en tu pueblo algún sitio donde podamos conseguir provisiones y tal vez cambiar las herraduras a nuestros caballos? ―consultó con una voz amigable y una cálida sonrisa.

―¡Claro! ―se disponía a responder el niño un poco más tranquilo―. En la tienda del señor Macoil pueden comprar sus provisiones y… ―hizo una pausa inseguro―, y también la herrería de mi padre para lo de las herraduras.

El elfo cambió su sonrisa y un gesto pensativo surcó su semblante.

―¿Podrías decirnos cómo es tu padre, así de esa forma podríamos reconocerlo más fácilmente?

―Pues no les va resultar difícil, es el único herrero del pueblo ―respondía el niño―, aun así, su cabello es del color de la castaña, igual al mío, además es posible que logren notar una quemadura que tiene a un costado de su ojo derecho.

El hombre se acercó a su compañero.

―Quizás sea él ―comentó junto a una voz discreta.

―No te precipites. Primero tendremos que comprobarlo ―le respondió en su mismo tono.

El elfo volvió a mostrar una sonrisa e intentó adquirir mayor simpatía con el niño.

―Es un lindo arco el que llevas, ¿acaso andas de cacería? ―consultó amablemente.

―¡Sí! ―respondía Kryn―. Trato de cazar conejos.

―Eso es grandioso para alguien de tu edad ―comentaba antes de ver el carcaj que llevaba el pequeño―. ¡Oh! ¿me permites una de tus flechas un momento?

El niño le extendió una de ellas y el viajero la sostuvo a la altura de su cara para mirarla con más detenimiento, luego la balanceó un poco sobre su muñeca y terminó diciendo.

―Es una hermosa flecha de fresno, aunque me parece que es un poco pesada para un pequeño como tú ―decía en lo que se la devolvía a su dueño―. Como agradecimiento por la información que nos diste, permíteme darte un obsequio.

Se acercó a su caballo y de uno de sus fardos sacó una hermosa flecha pintada de azul. Cuando Kryn la tomó en sus manos, no pudo evitar sorprenderse al notar que no era de madera sino de hueso, y además llevaba ciertos ornamentos que habían sido tallados en su superficie.

―Esta flecha es más liviana y mucho más resistente. Así podrás practicar mejor y sin preocupaciones ―le comentó el viajero.

―¿En serio puedo quedármela? ―le consultaba el niño preocupado―. Parece algo valiosa.

Aquel sujeto le dio la espalda y se montó nuevamente a su corcel.

―No te preocupes por eso. Tengo varias de esas ―le respondió mientras iniciaba su camino en dirección al pueblo―. Espero que te sea útil y que puedas cazar a tu conejo.

El niño los siguió con la vista hasta perderlos, después admiró alegremente su nueva flecha y la probó de inmediato apuntando hacia un tronco cercano. El elfo tenía razón, era más liviana que las otras y la sentía mucho más cómoda a la hora de apuntar. De esa forma, se alejó emocionado del camino en busca de alguna otra presa, era extraño, pero se sentía más seguro de sí mismo.

Antes de que el sol se ocultara, Kryn ya se encaminaba de regreso a su casa, estaba feliz, ansioso de llegar a donde su padre para mostrarle al conejo que había cazado esa tarde y además de la hermosa flecha azul con la cual lo había logrado. Salió del bosque en medio de una alegre carrera y continuó al mismo ritmo sobre la colina, o al menos hasta que sus pasos se detuvieron en seco cuando logró divisar aquella horrible escena; la herrería de su padre y su casa estaban siendo consumidas por el fuego. Fue entonces cuando los vio salir de entre las llamas, a dos corceles galopando a gran velocidad contra el viento, uno marrón y otro negro, que con sus fardos llenos emprendían su camino colina abajo, y sobre ellos, a un par de forasteros que él ya había tenido la casualidad de conocer; pero algo era diferente en uno de ellos, aquel elfo de la cálida sonrisa, el mismo que le había obsequiado aquella flecha, exhibía ahora un rostro serio e inmutable. De hecho, hubo un breve instante en el que la mirada de Kryn se cruzó con la del viajero, y un fuerte escalofrió empezó a recorrer todo su joven cuerpo; aquellos ojos reflejaban un odio inmensurable, una frialdad tan pura y capaz de congelar más que el mismísimo invierno, no había duda de que esos ya no eran los ojos azules que él había visto temprano en aquella tarde, era como si estuviera viendo a otra persona, como si estuviera admirando los ojos de la misma muerte. De pronto el sonido del trote de los caballos hizo entrar en razón al pequeño, y con esto, logró divisar una extraña insignia… (aún no hemos definido como va ser el símbolo de los Rouge por lo que no puedo describirlo todavía). Aquel sujeto por su parte prestó atención de allí en adelante a su camino, y de esa forma, ambos continuaron a gran velocidad hasta perderse más allá del recodo.

Kryn recordó a su padre y de inmediato corrió en dirección a la herrería. Cuando llegó, dejó sus cosas en el suelo y se propuso a entrar en seguida; el calor y el humo le obligaron a cubrir su cara con la ayuda de sus manos si quería poder internarse en aquellas paredes de fuego. Después de haber avanzado a paso lento entre aquella familiar construcción, se vio pronto junto a la fragua, y fue en ese momento cuando sintió que el mundo se le venía encima, como si sus fuerzas lo abandonaran completamente y estuviese a punto de desplomarse en el suelo, no porque el humo le estuviera afectando o algo por el estilo, sino por lo que estaba frente a sus ojos. Allí yacía el cuerpo de su padre, tirado en el suelo sobre un charco de sangre y sin cabeza; sin duda alguna, la escena más traumática que podría estar viendo un niño de su edad. En eso el techo se empezó a desplomar desde pequeños sectores, poniendo cada vez más en peligro la estancia en aquel infierno, allí fue cuando Kryn tuvo que reconocer que sin importar lo innecesaria que fuera su ayuda, no podía dejar el cuerpo de su querido padre allí dentro. Así que lo tomó de los pies y tiró de ellos, arrastrando el cadáver igual a como lo haría con un saco de granos; avanzó rodeando los distintos escombros que aparecieron a su paso y viéndose obligado a cerrar sus ojos repetidamente para poder mantener la vista sobre su trayecto. De esa forma llegó hasta la salida, se alejó varios metros de la herrería para que el calor ya no los afectara y finalmente soltó los pies de su padre para dejarse caer de rodillas; admiró en silencio sus manos sucias y cubiertas de sangre, en medio de una mirada vacía. Sus ojos estaban rojos y lagrimosos, pero era a causa del humo y del calor, el llanto en él aún no había despertado, de hecho, todavía no terminaba de asimilar que ese cuerpo que acababa de arrastrar fuera el de su padre. Entonces se volteó y aunque deseaba ver a otra persona allí tirada, la ropa con la que había visto a su padre ese día no le permitía engañarse a sí mismo. Ahora ya empezaba a sentir dolor, su pecho le oprimía y un nudo en la garganta se unió al estallido de sus lágrimas; lo tomó de las manos con gran fuerza y con ahogados susurros logró decir la palabra «papá», antes de hundir su rostro en el pecho de su padre.

Poco después llegaron algunos aldeanos con la intención de ayudar a apagar el incendio, más nunca esperaron encontrarse con lo que efectivamente había sido un asesinato. Algunas mujeres intentaron ayudar al niño, pero éste no quiso prestarles atención ni apartarse siquiera del cuerpo de su padre. Su madrastra había sido hallada inconsciente a las afueras de la casa, al parecer le propinaron un fuerte golpe en la cabeza, pero no tuvo grandes complicaciones ya que fue atendida inmediatamente por algunos curanderos que se unieron a la causa. El incendio en la herrería había consumido con gran apuro la vieja madera de la construcción, por lo que al final solo quedó una montaña de escombros; de la casa en cambio, se logró salvar gran parte del edificio, al que sólo se le proporcionó unas pocas reparaciones, cortesía de algunos carpinteros del lugar. De igual forma, todos ayudaron con los arreglos correspondientes a las honras fúnebres del herrero, cuya cabeza nunca fue hallada; cavaron su sepultura detrás de la casa, junto a la tumba de la verdadera madre de Kryn. Muchos en la aldea les brindaron su apoyo recién ocurrido el suceso, pero ya transcurrido un mes, cada quien se veía sumergido en su propia rutina, por lo que el niño y su madrastra se encontraban solos a cada momento.

Una noche, a la hora de la cena, la mujer sirvió estofado de ternera con algunas verduras que les habían regalado en esos días, inconscientemente sirvió tres platos y hasta que ambos se sentaron en la mesa, lograron percatarse del error de ella. Hubo un silencio extenso, nadie hacía ademan de empezar a comer, solo mantenían fija la mirada hacia el tercer campo. De pronto, la mujer se levantó furiosa y golpeó el plato haciendo que cayera en el suelo.

―¿Por qué? ―se preguntaba en lo que se dejaba caer cerca del derrame de estofado―. ¿Por qué tuvo que pasarle a él?

El niño seguía sin probar bocado, sumado al hecho de no tener apetito, no podía evitar mirar a aquella mujer sufriendo frente a él. Sabía que ella lo odiaba, pero a su padre si lo amaba demasiado y por extraño que parezca, la ausencia del herrero parecía afectarle más a ella que al propio hijo.

―Todo esto es tu culpa ―decía la mujer junto a una expresión ajena a la cordura―. ¡Estás maldito! ¡Eres un demonio! Sólo traes desgracias contigo, primero la muerte de la golfa de tu madre y ahora él… ―su voz se apagó en medio de un sollozo―. Tú eres el que debió haber muerto en su lugar. No él, no él ―La mujer fue consumida por el llanto.

Kryn podía ver claramente lo difícil que resultaba para ella la situación, sin embargo, era imposible brindarle apoyo moral a esa mujer, más cuando él también necesitaba consuelo, pues lo ocurrido no dejaba de afectarle profundamente. Su padre, la única persona en la que podía contar, ya no estaría allí para ayudarlo; ahora se encontraba solo, en compañía de una mujer de la cual sólo estaba acostumbrado a los maltratos.

―¡Eso es! ―exclamaba la mujer con un inesperado gesto de alegría―. Tú eres el que debería estar muerto ―Se levantó con gran apuro y se dirigió hasta la cocina.

El niño tuvo un mal presentimiento y de inmediato corrió a esconderse en uno de los cuartos.

―¡Kryn! ¡Kryn! ―lo llamaba en medio de gritos―. ¿Dónde estás pequeño infeliz? ―Empezó a buscarlo por toda la casa, empuñando en su mano derecha un gran cuchillo de cocina―. ¡Kryn! ¿dónde estás pequeño? ―dijo esta vez con un tono que pretendía parecer amigable.

Pero era inútil, el niño ya la había visto por lo que era lógico que no atendería a su llamado mientras ella lo esperase con un arma como esa, de hecho, sabía que pronto su escondite dejaría de ser seguro por lo que tendría que buscar la forma de escapar. Recordó que el arco y sus flechas permanecían en el cuarto de la bodega y que a su vez esta se encontraba cerca de la cocina. Una vez armado de valor, esperó a que ella ingresara al cuarto contiguo para salir corriendo hacia la bodega, abrió la puerta con gran apuro y de inmediato tomó el arco y su carcaj con las cuatro flechas. Su madrastra había escuchado cuando él abrió aquella puerta, por lo que en seguida se acercó al lugar con una actitud agresiva.

―¡No te acerques! ―le gritó Kryn mientras le apuntaba con una flecha de fresno tensada en su arco―. No se acerque.

La mujer se detuvo sorprendida, era la primera vez que aquel niño se revelaba ante ella y la novedad de la situación provocó en ellos una pausa prolongada. Sin embargo, su madrastra empezó a llenarse de cólera nuevamente y empuñó su cuchillo con más fuerza.

―¡Eres un maldito! ―dijo y se balanceó hacia él antes de ser impactada por la flecha sobre su brazo izquierdo.

Su madrastra dejó caer el cuchillo y se llevó la mano hacia su herida, al mismo tiempo que emitía un fuerte quejido de dolor. El niño se asustó por lo que había hecho, no era un blanco fijo o un conejo a lo que había atacado, sino a un ser humano y en especial su madrastra.

―¡Maldito! ¡Eres un maldito! ―Se levantó a puros costos.

Kryn la rodeo y corrió a toda prisa hacia la salida. Él sabía que una vez que cruzara esa puerta, no tendría ningún lugar a dónde ir; su único hogar había sido aquella casa y ya no podía quedarse en ella, así que lo único que se le ocurrió en ese momento fue correr en dirección al bosque. Era de noche, pero no tenía más opción. Corrió y corrió, con aquella mujer enfurecida tras de él, igual a como lo hacían los conejos al percatarse del cazador.

―¡Eres un mal nacido! ¡Ni se te ocurra regresar por acá, porque de lo contrario te mataré, infeliz! ―le gritó ella a sus espaldas después de haber dejado de seguirlo.

Sin embargo, Kryn estaba demasiado asustado para voltear a mirar tras de sí, por lo que sólo continuó corriendo, dejando a sus espaldas cada vez más y más troncos de árboles conforme se internaba en lo profundo del bosque. (continuará…)

**Ideas por desarrollar:**

* El sobrevive en la montaña por dos años, manteniéndose con lo que cazaba y del robo hacia algunas huertas cuando visitaba el pueblo a escondidas (también roba armas y ropa cada vez que necesita).
* Un día decide regresar a la herrería de su padre y aunque todo está en escombros después del incendio (sí, a nadie le importó reparar eso ya que no había otro herrero) logra encontrar un compartimiento debajo del piso, dentro encuentra algunas armas blancas de elegantes diseños, una bolsa llena de monedas de oro y una insignia idéntica a la que había visto en aquellos sujetos que asesinaron a su padre. Allí decide investigar sobre esa organización para tratar de encontrarse nuevamente con los asesinos, con el fin de tratar de vengar a su padre, y también, de descubrir los detalles sobre el pasado de su padre.
* A la edad de once años sale de aquellas montañas y se aventura a recorrer el mundo y sus peligros.
* La madrastra por necesidad ante la ausencia de su esposo, empezó a trabajar en un burdel y poco a poco fue arruinando su vida.
* Al poco tiempo conoce a un Semi-elfo a quién convence de que lo entrene. Este sujeto se encarga de explicarle el significado de la insignia que había encontrado y es cuando el niño considera necesario el convertirse en Rogue para poder averiguar más detalles.
* Después de dos años de entrenamiento, Kryn poseía las mismas habilidades de un elfo de su edad, esto a pesar de ser un humano. Sigue un camino diferente al de su maestro, se encamina a un pueblo costero para buscar la forma de ser reclutado por los cazatalentos.
* Cuando llega al pueblo le ofrece sus servicios al alcalde a cambio de una recomendación. Pero no le resulta fácil, ya que hay una familia que cuenta con la recomendación para su hijo para ese año. Kryn deberá ganarse la recomendación si de verdad desea entrar a la academia de ladrones.
* El día del reclutamiento, Kryn sube al carromato silenciosamente, observa a sus compañeros de viaje (entre ellos a Zei), pero no se molesta en saludar.

**Incorporación del personaje en la historia:**

* El día del reclutamiento, Kryn sube al carromato silenciosamente, observa a sus compañeros de viaje (entre ellos a Zei), pero no se molesta en saludarlos.
* Su actitud siempre es reservada y observadora.
* Al ser tan callado, nadie quiere hacer equipo con él. Zei es el que lo invita a unirse y éste acepta al no haber opción.
* Durante las pruebas el mantiene una actitud fría a la hora de matar y eso ocasiona conflictos con la moral de Zei provocando las primeras discusiones del equipo.

Estaba pensando que una vez que ellos se conviertan en Rogue, uno de sus primeros jefes o de los que les asigna misiones o algo parecido, sea el hombre del pelo rojo que acompañaba al elfo en aquella ocasión en la que mataron al papá. Y una de las razones por las que él se une al protagonista en su intento de revolución es por querer darle muerte a este sujeto y sacarle información sobre el paradero del elfo de los ojos azules.